

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

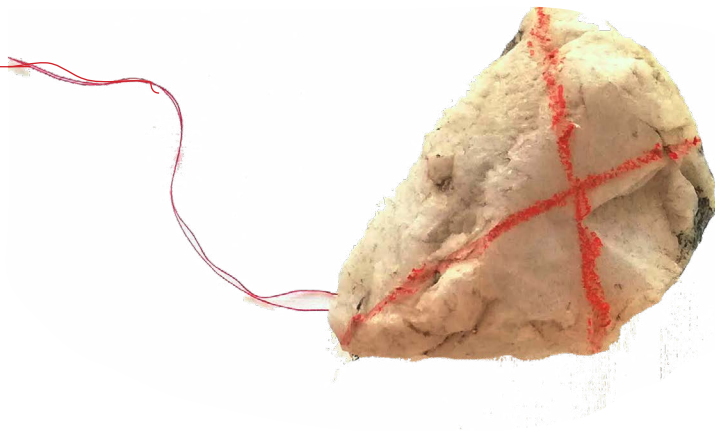
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Flores*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



Sergio De Matteo

Nació en Santa Rosa, 1969. Publicó los libros *Criatura de mediación*, *El prójimo: pieza maestra de mi universo*, *Diario de navegación*, *Me sangra la poesía por la boca*, *Concomitancias en la frontera de la lengua*. Miembro fundador del colectivo artístico "Patria de arena" y del "Grupo de la neurona poseída". Editor de la revista *Che, Artes y Culturas en Abya Yala*, rebautizada *Museo Salvaje*. Integró el comité fundador de la editorial El Suri Porfiado.

Niebla de guerra

“El horror de la guerra no descansa. El drama bélico se vuelve costumbre para quienes sobreviven bajo dantescos escenarios, *collages* infames en los que el hambre le da la mano a la muerte de día y de noche. No hace falta que se vaya el sol para que llegue la oscuridad: en una veintena de lugares del planeta esperan que alguna vez se pueda amanecer en paz. Mientras, les toca morir dos veces: matan los misiles, pero también mata el olvido.”

Daniilo Albin

Sombras. *Sombras nada más*. Solamente percibíamos el contorno de las cosas, apenas intuiciones de su posible apariencia; y esto sucedía luego de cerrar los ojos por un buen rato. En medio de la oscuridad esperábamos que irrumpiera el sonido de los aviones y el silbido de las bombas, que, según las noticias, llegarían desde algún lugar en la noche.

Horas y más horas. Largos silencios. Todo confluía densamente en el letargo de las ciudades en plena oscuridad. La expectativa se anudaba a la inquietud, la curiosidad convivía con el miedo. La guerra había ido abandonando los viejos relatos para manifestarse en tiempo real con sus fantasmas atroces.

Mirábamos al cielo acurrucados en el patio, entre los árboles. Buscábamos pájaros de acero. Apenas musitábamos por temor a que nos escucharan o nos descubrieran. Nunca sonaron las alarmas ni doblaron las campanas. Éramos parte de las sombras. Pero la verdadera oscuridad estaba en otro sitio. No sólo la oscuridad, sino también el frío, el hambre y la muerte.

Con los pibes del barrio, que no eran los mismos de la escuela, hablábamos de la guerra. Veíamos los informativos y los comentábamos. En tono triunfal y modulado oíamos: “Vamos ganando”. Lo resaltaban algunos periodistas en el horario central de todas las cadenas de comunicación. La Plaza de Mayo, como el resto de la Nación, era una fiesta. La gente se abrazaba a la bandera y cantaba el himno. En un corte de mangas el lobo volvía a transformarse en cordero. El pueblo redimía circunstancialmente a las bestias.

De un día para el otro nuestras voces habían comenzado a repetir como un coro que las *Malvinas eran argentinas*. Un mantra que se nos fue encarnando como la piel de cada soldado que peleaba por las islas. Era encontrarse para intercambiar los

últimos datos de cómo iba la guerra. Los barcos hundidos, los aviones derribados. Una estadística que se unía al estudio y al *picadito* de fútbol.

Gran Bretaña, o Inglaterra, o el Reino Unido cargaban con todos nuestros improperios. La historia retornaba a las andadas con aquellas invasiones donde *el pueblo unido no fue vencido*. La misma épica vibraba en cada uno de nuestros corazones en una batalla que vivíamos día a día, hora a hora. Otrora Liniers, Álzaga, el invasor Beresford, las milicias populares y los criollos, los negros, mestizos y pardos. Resurgía la simiente de la primera resistencia de un ejército clandestino, aquel que había salido de túneles excavados en la propia ciudad de Buenos Aires. Y más acá, en otro tiempo, pero aunados a la misma lucha por la soberanía, nuestros aviones sobrevolaban al ras del mar para sorprender a las fuerzas enemigas.

En los recreos compartíamos esa vivencia excepcional, discurriendo sobre los sucedidos que se multiplicaban o bifurcaban de hecho en hecho, donde, además, confundíamos lo verosímil con la ficción. También nos imaginábamos armados con fusiles, en las trincheras, junto a nuestros héroes. En toda charla surgía el deseo de derrotar a los poderosos, de darles por tierra a sus ínfulas de superioridad. Tornaba, como siempre, la idea de liberación, de romper las cadenas. Ahí estaban las anécdotas, los comentarios sobre los diarios, las fotografías o las imágenes difundidas por la televisión. Como detectives salvajes identificábamos en la gráfica el pabellón nacional enclavado en las islas, a nuestros soldados pertrechados para el combate.

Todos los días juntábamos comestibles, chocolates, bufandas de lana y escribíamos cartas con el objetivo de ayudar y acompañar una pelea que se había convertido en el dime y direte de las preocupaciones y especulaciones cotidianas. Eran palabras de aliento, llenas de convicción sobre lo posible. Es que la conquista del reino de Isabel estaba a la vuelta de la esquina. La imagen de Margaret, extrapolada a pirata del siglo XX, se había convertido en el patíbulo simbólico en donde blasfemábamos de modo colectivo. Incluso esa Dama de Hierro se corroía en nuestros sueños.

“Tras la bruma
los niños que fuimos
nos están gritando: adiós”

Martín Raninqueo

El tío Hugo, que vivía en Longchamps, y que estaba cumpliendo el servicio militar en Punta Lara, en la Base Naval Puerto Belgrano, había cambiado de rumbo y se venía a Santa Rosa, porque le quedaba más cerca y le daba más tiempo para la

recreación y el descanso. Lo veíamos llegar vestido con su uniforme blanco y colgándole el bolso marinero de la Armada Argentina.

Del joven con los pies plantados en la tierra se había ido convirtiendo en un *Ko-jh* sureño, en un *howenh* del mar. Había aprendido a tener el pie de marino o andar con pies de mar, es decir, había logrado la habilidad suficiente para mantenerse en pie a bordo, pese a los balances y movimientos del barco. Esa sagacidad —nos explicaba— sólo se conseguía con mucha práctica y largos períodos de navegación.

Había crecido de golpe, ya poco quedaba de aquel adolescente que se fuera a cumplir con la obligación cívica. Sin embargo, había encontrado su destino, porque de la experiencia de la conscripción había derivado al “enganche” y el servicio a la Patria. Ese compromiso conllevaría también reparaciones más esporádicas. Ya no era habitual que regresara a casa y que escucháramos en su pequeño grabador las canciones de Sui Generis, Pescado Rabioso o Vox Dei. Tampoco observábamos en su brazo el tatuaje de Stella Maris, la estrella de mar, patrona de la Armada; ni la repetida justificación mística y poética, a través de la plegaria del marino, que recitaba de memoria...

Oh María, Estrella que derramas el fulgor
inagotable de tu gracia sobre la amarga
soledad marina, que dominas los vientos y el oleaje
y señalas su ruta al navegante, protégenos
piadosa en las tempestades del alma
y en los embates del mar.

Bendice a la Armada de la Nación Argentina,
fuerte en la paz, valerosa en la guerra
y generosa en la victoria, y haz que siempre sea
la suya misión de amor y de concordia
en todas las latitudes del mundo!

Bendice a los seres amados que implorando
tu protección nos vieron un día partir,
y, en la dulce quietud del hogar,
aguardan con ansiedad nuestro retorno!

Bendice a quienes desde la férrea nave
custodiamos sobre el mar el honor de
nuestra patria y la pureza de su bandera!

Madre y Señora nuestra, Stella Maris,
escucha la plegaria de nuestros corazones,
forjados por la guerra, que te imploran

nos concedas en la vida y en la muerte la
misericordiosa dulzura de la paz!

Primero habían sido semanas de incertidumbre. Después meses y meses sin saber nada. Desde la Base siempre se daba la misma respuesta: “Movilizado. No se puede brindar más información”. Una y otra vez la familia intentaba recabar algún dato del lugar al que había sido trasladado. Era en vano; la Armada no permitía filtración y tampoco emitía ningún comunicado oficial. Todos sospechábamos que algo había pasado, o que estaba por suceder; pero no sabíamos a ciencia cierta porque había tanto secreto. ¡Por qué carajo había tantísimo silencio!

Camiones, tanques y tropas transitaban por las rutas cercanas, salían de la guarnición de Toay, cuyo regimiento tenía sus orígenes en el Cuerpo de Arribeños que habían combatido durante las Invasiones Inglesas. Algo estaba ocurriendo para tamaña movilización. Con las pocas noticias que se difundían, íbamos atando cabos. En esos días hubo un hecho concreto que se convertiría en el “detonador” de la guerra, pues el 19 de marzo de 1982, trabajadores de la Compañía Georgias del Sur S.A. habían arribado a Puerto Leith en el barco ARA Bahía Buen Suceso. El izamiento de la bandera argentina devino en una crisis internacional. Dicho conflicto nos daba algunos indicios de la situación y de la ausencia del tío Hugo. El 2 de abril las sospechas se fueron confirmando con el desembarco en Puerto Argentino y la recuperación de las Islas Malvinas por parte del gobierno nacional, es decir, la dictadura militar, denominada Proceso de Reorganización Nacional, que regía el país desde el 24 de marzo de 1976.

Sin novedades en el frente ni en la retaguardia, el tío Hugo no salía a superficie, permanecía en el anonimato y ninguna fuente castrense brindaba datos pertinentes. La institución se lo había “chupado” en un abrir y cerrar de ojos.

Así vivíamos los primeros días de la guerra, de sobresalto en sobresalto, atentos a cada bomba que explotaba, a cada avión o barco destruido, a cada soldado caído en batalla. Salíamos a la vereda a cada rato, mirábamos si a la distancia se recortaba aquella figura vestida de blanco y con un bolso marinerito viniendo, una vez más, al calor del hogar. Comprendimos en esas horas de tensión que cuando los acontecimientos estaban lejos y no eran nuestros propios problemas, representaban cosas que les pasaban a los otros, que, quizá, según cómo lo viéramos, podían captar algo de nuestra atención. Pero cuando las circunstancias arremetían contra la familia, ahí sí que lo sentíamos en lo más profundo del alma. Con el transcurso del tiempo, al interpretar la preocupación y el dolor de los demás, que se asemejaba demasiado a la nuestra, también lo fuimos aprehendiendo, pues una misma causa nos juntaba.

A medida que la guerra se acrecentaba también la desesperación tomaba ribetes trágicos. La pulsión del corazón se parecía al traqueteo de un motor descangallado

que no tenía reparación. Cuando la boca oscura del abismo nos acechaba se iba percibiendo el verdadero peso de los segundos; entonces, ese momento se convertía en una tangente por donde se colaban los recuerdos. Un instante se posaba sobre otro instante y así, de esa manera, se conformaba una instantánea de los tiempos felices; una especie de pulsación de la milonga sentimental.

El cartero no pudo llamar ni siquiera una sola vez, porque apenas había sobrepasado la puerta de rejas del jardín fue tomado por asalto. La rúbrica a las apuradas y temblando de mamá se parecía más a una raya que a una firma, la cual pretendía justificar la entrega. Era una carta del tío Hugo. La impaciencia hizo que se rompiera el sobre y la hoja con unas breves palabras: “Familia, estamos bien. En el Sur. Resguardando la frontera con Chile. ¡Todos en mi corazón!”

Líneas de trazo firme con la voluntad del sobreviviente. Una especie de telegrama que marcaba la cartografía de un drama y un destino colectivo.

Montado sobre el relato y la crónica, sobre lo real y lo ficcional, resignifico los elementos o datos que conllevan a percibir el tema Malvinas, los modos en que se convierte en un nudo personal en la vitalidad de los acontecimientos globales. En mi caso particular, ese universo se ha ido constituyendo por medio de la literatura; es decir, desde la lectura que tengo del y sobre el mundo, que es de carácter poético. Una argamasa de símbolos y signos rasgada por lo real, por los hechos que conmueven al ser y se cargan de sentido; en consecuencia, esa guerra de Malvinas bascula con su anclaje en el Sur entre la muerte y el arte.

“Eso es Malvinas.
Un espejismo de generales ciegos.
Una ciénaga de injusticia
con estiércol de piratas abonado.”

Luis Dal Bianco

En La Pampa encontramos varias producciones literarias que abordan el tema de las Islas Malvinas y en diversos géneros. Por ejemplo, el libro *Balsa 44* (Editorial Vinciguerra, 1994), de Carlos Alberto Waispek, donde el autor relata su experiencia como sobreviviente del crucero ARA General Belgrano. La escritora Diana Irene Blanco

en *Pródiga* (Edición de Autor, 1993) ha publicado los poemas “A Malvina – Soledad” y “Elegía de los nombres fugitivos”, y en *Cuentos para la hora gris* (Fondo Editorial Pampeano, 1998) incluye la narración “La espera”. Matías Sapegno y Norberto Asquini incorporan en una llamada del libro *Biografías pampeanas. 164 historias* (Edición de Autor, 2002) a los cuatro combatientes –Alberto Edgardo Amesgaray, Hugo Ramón Gatica, Daniel Enrique Lagos y Jorge Delfino Pardou– que perecieron en el hundimiento del crucero General Belgrano. En la antología *Escritores de La Pampa* un fragmento del cuento “Breve historia de los Menza”, de Mario Gustavo Fiorucci, alude a la guerra de Malvinas (Certamen Literario “Vivir en Democracia con Justicia Social”, Subsecretaría de Cultura de La Pampa, 2009). Luis Dal Bianco es autor del texto *Trilogía de Malvinas: Tierra. Agua. Aire* (Edición de Autor, 2012), donde se articulan poemas y cuentos.

Nuestra provincia ha dado en el talento del músico y compositor Jesús Dahir una de las canciones más hermosas, pero más dolorosas del conflicto bélico con Gran Bretaña: “Cansado de morir”. Es su primera obra musical grabada y editada en cassette con el auspicio del gobierno de La Pampa en 1989. Una nueva versión se incluye en el disco *Excalibur* (2003), con el título “Cansado de morir (siempre de la misma manera)”. Señala Luis Roldán en su blog Síntesis: “Está basada en los sentimientos que le produjo la trágica Guerra de Malvinas del año 1982, en la que murieron varios pampeanos”. Esta canción fue utilizada en el año 1986 como estandarte en el Encuentro de Jóvenes Americanos en Lyon (Francia).

“Lo que no nos puede pasar como argentinos es olvidar.
Una sociedad jamás será justa si no tiene memoria,
y esa es una batalla que exige una tarea cotidiana.”

Edgardo Esteban

Siendo pibe, junto a otros pibes, fueran del barrio o del colegio, vimos y escuchamos la algarabía de los mayores, que se contagió en nosotros mismos. Hoy rememoro que en aquel tiempo de guerra, aunque no lo podamos comprender, el país era una fiesta, su gente abrazaba la bandera y cantaba el himno. El lobo volvía a ser un manso cordero. El pueblo redimía, circunstancialmente, a esas bestias genocidas.